

HACIA EL FIN DE LA HISTORIA

HÉCTOR JOSÉ TANEZ*

Un libro del estudioso norteamericano Francis Fukuyama ha despertado gran interés en los círculos intelectuales y ha sido objeto de análisis por especialistas de las ciencias históricas y políticas¹. Resultará de interés hacer una breve reseña de su contenido.

Desde antiguo el hombre ha intentado señalar leyes generales para el proceso histórico. Algunos remontan esta búsqueda a San Agustín. Quizá hay que ir más lejos aún. Para Renán la meditación sobre el hombre en la historia aparece en el libro de Daniel. Pero las grandes transformaciones que sufre la humanidad, dieron origen a nuevas evaluaciones: los cambios han sido tan profundos en este siglo, que, paralelamente, la literatura sobre el tema creció de modo notable y hasta sobrepasó el ámbito intelectual para adquirir un interés más amplio. Son ejemplos la difusión que alcanzó la obra de Oswald Spengler, luego de la primera guerra con su teoría de los ciclos culturales, o la de Arnold Toynbee, iniciada pocos años antes de la segunda guerra, aunque concluida después de ella, con su análisis de las civilizaciones.

Ahora Fukuyama, diplomado en Filosofía y Letras y técnico en Planificación Política, aporta una nueva visión sobre

* Profesor adjunto de Derecho Constitucional

¹ *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Buenos Aires, 1992, p. 478.

temas como el fin de la historia, la posibilidad de una historia direccional o la libertad del hombre.

Maritain definía a Toynbee como un gran historiador, apasionadamente aficionado a las generalizaciones filosóficas. Nosotros encontramos que la interpretación histórica de Fukuyama, se sostiene particularmente en el análisis político de la realidad contemporánea. Nos preguntamos si es suficiente para formular respuestas generales sobre el desarrollo de las sociedades humanas. Pero creemos que el enfoque es original y los planteos apasionantes y merecen una reflexión.

El autor se dio a conocer con un artículo que apareció en la revista *The National Interest* 16 (verano de 1989) titulado "¿El fin de la historia?". Los comentarios que produjo lo obligaron a ampliar su pensamiento en un nuevo artículo aparecido en la misma revista (invierno de 1990) y luego en este libro.

Lo que sugiere con la expresión "fin de la historia", no es el fin de los acontecimientos, que se seguirán produciendo, sino el punto final de la evolución ideológica de la humanidad al alcanzar, con la democracia liberal, el ideal de sistema político y económico.

En primer lugar deben aclararse estos conceptos. Un país es democrático cuando sus habitantes gozan del derecho a elegir su propio gobierno con periodicidad, en votación secreta, con múltiples partidos y con sufragio universal e igual. El liberalismo debe manifestarse en el reconocimiento del derecho a la libre actividad económica y al intercambio basado en la propiedad privada y en el mercado.

De cualquier manera estos conceptos pueden presentar variadísimas posibilidades.

Pero la democracia liberal no sólo ha evolucionado, sino que ha ido venciendo a ideologías rivales, como las monarquías hereditarias, los fascismos y, más recientemente, el comunismo.

Por esto el autor considera que al final del siglo XX tiene sentido hablar de una historia direccional, orientada, que posiblemente conducirá a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal.

Hasta ahora, se había negado esta posibilidad, por el terror que dejó el ejemplo de las dos destructoras guerras mundiales, por el ascenso de ideologías totalitarias, por el empleo de la ciencia contra el hombre, alternativas que mar-

carean la orientación pesimista sobre un progreso general de las instituciones democráticas.

Pero ahora Fukuyama es optimista. Los gobiernos totalitarios de derecha y de izquierda desaparecen. Se consolidan los gobiernos donde impera la razón, legitimados por las corrientes democráticas. Por otro lado, la base económica del proceso histórico confirma esta tendencia. El desarrollo de la ciencia natural moderna ha permitido una tecnología que hace posible la acumulación ilimitada de riqueza, la satisfacción de los deseos humanos y, en definitiva, la uniformidad de las sociedades. La historia orientada hacia la democracia liberal se completa con el reconocimiento del hombre como un ser con valor y dignidad, cuyos derechos son protegidos.

Para llegar a esta etapa se han superado momentos de optimismo y otros de pesimismo. El progreso de la humanidad que se extendió como concepción optimista durante el siglo pasado hasta la Primera Guerra mundial, había llevado a pensar que no se podía regresar a etapas superadas, al menos en el civilizado mundo occidental. Por esto en la edición de 1910 de la *Encyclopaedia Britannica* el artículo "Tortura" se describía simplemente como tema de interés histórico. Sin embargo, lo que mostraron las dos guerras fue de tal crueldad que aniquiló la confianza y destruyó el mito del progreso que había dominado hasta 1914.

Sucedió una etapa de pesimismo, alentada aún más cuando los terribles sucesos bélicos tenían por instigadores a pueblos ilustrados y tecnológicamente avanzados.

Llegó el momento de replantear este pesimismo. Los regímenes autoritarios caen por fallas en su legitimidad y las nuevas concepciones se orientan hacia una *democracia liberal*. Estos dos conceptos, actualmente, incluso son aceptados en Rusia. Significan *democracia occidental* y no pueden ser distorsionados por la ideología marxista-leninista que ha pretendido hacer de este sistema una aplicación propia pero ilegítima.

Si se aprecia, entonces, que la democracia liberal ocupa un lugar especial en todo el ámbito de la historia y un lugar de privilegio y particular aceptación en el presente, si no es posible imaginar un mundo distinto del nuestro que permita vislumbrar una mejora fundamental futura respecto al orden presente, es posible también considerar que la historia misma puede llegar a su fin.

Fukuyama sostiene que hay que deshacerse del pesimismo y volver a pensar en una historia direccional, orientada por la evolución universal hacia la democracia liberal. La ciencia natural moderna aplicada al desarrollo tecnológico de la sociedad, ha permitido alcanzar una evolución admirable que, incorporado al proceso económico, ha creado fuertes incentivos que permiten aceptar los términos de la cultura del capitalismo universal. Es cierto que este sistema ha recibido críticas: el leninismo se ha referido a sus contradicciones, pero la realidad destruyó estas objeciones. Más recientemente se apeló a la "teoría de la dependencia", que explicaba el lento crecimiento de regiones del Tercer Mundo, como América Latina, como resultado del orden económico capitalista que ligaba la riqueza del Norte, que dominaba los bienes manufacturados, a la pobreza del Sur. Sin embargo, no pudimos explicar el fenomenal crecimiento de países como Corea del Sur, Taiwan, Hong-Kong, Singapur, Malasia o Tailandia. De cualquier manera, el autor debe detenerse expresamente en el estancamiento económico de América Latina, y encuentra dos posibles respuestas: una cultural, marcada por los hábitos y costumbres que impiden el logro de altos niveles de crecimiento económico; otra política, que indica que el capitalismo no ha funcionado por la tradición mercantilista y estatista de estos países.

Fukuyama reconoce que, en ciertas regiones, la práctica de la democracia liberal ofrece dificultades o está demorada. También encuentra una relación entre desarrollo económico y niveles de educación y la democracia liberal, pero la naturaleza exacta de esta relación no está debidamente explicada. Sin embargo, es posible interpretar que ha surgido una cultura global, centrada en el crecimiento económico fomentado por la tecnología, y aunque todavía no todos los países podrían convertirse en sociedades de consumo, apenas si existe alguno que no haga suyo este objetivo.

Pero es necesario complementar el proceso económico con el reconocimiento del individuo. Este es un aspecto importante en la tesis del autor.

El deseo de reconocimiento es el motor que empuja la historia humana. Platón habla de *thymos* o espiritualidad. Pascal del afán de gloria. Otros de orgullo, o de amor propio, o de fama, o de ambición. Fukuyama desarrolla este aspecto en torno al pensamiento de Hegel, que reivindica, aunque se apega a la interpretación que realiza el filósofo franco-ruso

Alejandro Kojève. Este autor, en años previos a la Segunda Guerra mundial, dirigió interesantes seminarios en la *École Pratique des Hautes Études de Paris* (sus conferencias fueron editadas por Gallimard en 1947: *Introduction à la lecture de Hegel*).

Estos autores consideran, y Fukuyama los sigue, que la manifestación subyacente que los seres humanos tienen de sí mismos y el deseo de que los demás la consideren, debe ser separada de las motivaciones económicas. El elogio o el reconocimiento del valor personal, ha iniciado las grandes reformas y se ha manifestado en las revoluciones que han pretendido institucionalizar el reconocimiento. La incompreensión de este concepto ha llevado a confundir las fuerzas que impulsaron los grandes cambios, atribuyéndolos erróneamente a motivaciones económicas. La pobreza y las privaciones no han producido las revoluciones. En el mundo actual, sólo los países más ricos y los más pobres tienden a ser estables, mientras que los que se modernizan económicamente tienden a serlo menos, porque el mismo crecimiento fomenta nuevas expectativas y reclamos; la gente compara su situación con los países más ricos y al verse inferiores se irritan, fenómeno vinculado con el deseo de reconocimiento.

En la etapa final de este proceso histórico, surgirá un hombre de características especiales, el último hombre. El fin de la historia significará el fin de guerras y revoluciones pues los hombres no tendrán grandes causas por las que luchar, y el último hombre alcanzará seguridad física y abundancia material, precisamente lo que los políticos suelen prometer a sus electores.

La exposición técnica del libro se apoya en sucesos de la política contemporánea, con especial interés en los de Rusia. Sin embargo, debemos advertir que los cambios recientes en ese país, no están ni definidos ni encaminados, por lo cual no permiten conclusiones definitivas o universales.

Todo filósofo, quiera o no, expone sus ideas desde una situación concreta que condiciona su pensamiento. Nos parece que el autor está encasillado por el ambiente cultural y laboral norteamericano. La limitación de la bibliografía utilizada parece ponerlo de relieve, aunque este nacionalismo científico es típico de las democracias liberales avanzadas,

que sólo se ajustan a lo publicado en sus países e ignoran el resto, lo que lleva a conclusiones imperfectas por lo incompletas.

También sugieren estas limitaciones algunas explicaciones ingenuas, como cuando se detiene a destacar la ausencia de guerras entre las democracias liberales, cuando han sido las responsables de las dos grandes guerras y de conflictos menores pero no menos crueles; o cuando piensa que el nacionalismo es más intenso en el Tercer Mundo que en las democracias, cuando vemos las reacciones europeas ante los emigrados de países pobres o desmembrados del régimen comunista.

Pero estos detalles son insignificantes ante el profundo contenido filosófico de la obra. Sus conclusiones son interesantes, aunque el pesimismo de nuestros días se mantiene y tiene sustento en los acontecimientos y la incertidumbre que a diario nos agobian. El mismo autor sospecha que no es fácil garantizar que no pueden irrumpir otros novedosos sistemas políticos que lleguen a desplazar a las democracias liberales. Nosotros agregamos que tampoco puede desdeñarse la posibilidad de otras formas totalitarias². También hay que preguntarse si las democracias liberales satisfacen plenamente el deseo de reconocimiento humano. Pero el optimismo de Fukuyama es inmenso y concluye reconociendo que ni los nuevos alcances de la maldad humana, ni la falta de progreso moral impiden creer en la existencia de un proceso histórico direccional.

Nos parece que la obra tiene más contenido político que histórico. Pero ambos campos están estrechamente unidos y es posible reflexionar políticamente sobre el futuro histórico. El deseo de profetizar es un rasgo muy acentuado en el análisis político y no es ajeno a la meditación sobre la historia. Spengler y Ortega y Gasset aceptaron este elemento profético.

Por esto, el libro interesará al filósofo y atraerá al historiador, pero deberá ser leído con preocupación y atención por politicólogos y dirigentes políticos debido a los atractivos ejemplos que propone.

² Aquí no podemos dejar de recordar la frase de Berthold Brecht que transcribimos en francés pues así la tomamos: "Le centre où est né le être immense est toujours fécond".